

LA SALVACIÓN

Libertalia

La primera nación digital

LIBRO I

La Salvación

Luc Arden

ATENAS 2026

Publicado por:
LP Development

Dedicado a mi esposa,
que nunca dejó
de apoyar cada uno de mis sueños más locos.

Luc

© 2026 Luc Arden
ISBN : 978-618-6044-33-5

LA OBRA

LIBERTALIA

La primera nación digital

LIBERTALIA, de **Luc Arden**, es una obra unificada que se desarrolla a través de **tres libros independientes**, cada uno de los cuales aborda la misma idea desde una perspectiva diferente.

LIBRO I

LA SALVACIÓN

En el primer libro, el autor narra el recorrido de **Mike Harris**, un hombre sencillo y corriente que decide cuestionar aquello que se considera dado por sentado.

Frente a intereses poderosos, estructuras de poder y un mundo que parece imposible de cambiar, Mike intenta transformar una idea en una visión: la creación de un mundo más libre, más justo y más humano.

LA SALVACIÓN es la historia a través de la cual nace la visión de Libertalia.

LIBRO II

EL CAPÍTULO PERDIDO

En el segundo libro, el autor utiliza a dos de los personajes principales de la historia —**Mike** y su esposa— para plantear una pregunta diferente:

¿Podría la visión de Mike convertirse en realidad en el mundo actual?

EL CAPÍTULO PERDIDO intenta tender un puente entre la ficción y la realidad, describiendo un posible camino a través del cual una idea podría evolucionar gradualmente hasta convertirse en algo real.

LIBRO III
EL CAMINO HACIA LA LIBERTAD
En tres volúmenes

En el tercer libro, la visión pasa de la teoría a la estructura.

El autor intenta plasmar los **principios, reglas e instituciones** que podrían sostener una forma diferente de organizar la sociedad.

A través de los tres volúmenes de **EL CAMINO HACIA LA LIBERTAD**, se examinan cuestiones relacionadas con la democracia, la justicia, la economía, la tecnología, la inteligencia artificial, la vida cotidiana y los cambios sociales que podrían dar forma al futuro.

Al mismo tiempo, la obra intenta abordar preguntas que la velocidad de la evolución tecnológica y social ya está planteando —incluso cuando las instituciones actuales aún no han tenido tiempo de dar respuestas.

EL CAMINO HACIA LA LIBERTAD constituye el intento de transformar el sueño de Mike, de una idea, en un marco completo de principios para un mundo diferente.

Quizá el principio de todo

El lugar y el Estado donde transcurre la historia han sido elegidos al azar.

El propósito de este libro no es simplemente contar la historia de una persona corriente ni entretener al lector.

Es hacer que se detenga por un momento y reflexione sobre el mundo que viene.

Nuestra vida ya está cambiando.

La Inteligencia Artificial, la tecnología, la economía, el trabajo, el poder e incluso el propio concepto de libertad están transformándose a una velocidad que quizá la humanidad nunca haya conocido antes. En medio de esta transición, este libro —junto con el segundo libro (El Capítulo Perdido) y el tercer libro, en tres volúmenes (El Camino hacia la Libertad)— intenta algo más que contar una historia:

Intenta servir como una posible guía hacia un futuro diferente.

Por eso, su esencia no está en la perfección del lenguaje o de las palabras. **Está en las ideas que respiran detrás de ellas.**

En las preguntas que generan.

En cuestionar aquello que hoy consideramos dado por sentado.

El objetivo es que el lector no se limite a leer el cambio, sino que lo **vea, lo sienta y lo viva** a través de la historia.

Los tres libros no afirman saber cuál debe ser el futuro de la humanidad. **Sin embargo, proponen que quizá exista un camino diferente.**

Un camino hacia un mundo más libre, más justo, más humano. Y quizá la mayor idea que se esconde entre estas páginas sea, al final, muy sencilla:

La libertad no comienza cuando otra persona cambia el mundo por nosotros.

Comienza en el momento en que creemos que un mundo diferente puede existir de verdad.

Si estos tres libros consiguen que al menos una persona mire el futuro con una perspectiva diferente, entonces **ya habrán logrado algo importante.**

Porque todo gran cambio, antes de convertirse en realidad, **fue primero una idea.**

Y toda idea necesitó alguna vez personas que se atrevieran a creer en ella.

CAPÍTULO UNO

Otro día vacío

Apartamento 101

Otro día.

Igual que siempre.

Vacío.

Mike sirvió un poco de té en una taza agrietada y se sentó a la pequeña mesa de la cocina, mirando las facturas extendidas a su lado como si fueran las pruebas de un delito que no recordaba haber cometido.

La factura de la electricidad era casi igual a su sueldo.

Su seguro médico había caducado dos semanas antes.

El alquiler vencía dentro de cuatro días.

En el borde de la mesa, bajo un imán de recuerdo de unas vacaciones que apenas lograba recordar,

había un último aviso impreso en rojo. Lo había abierto la noche anterior, había leído las dos primeras líneas y después lo había doblado exactamente como había llegado, como si devolverlo a la forma del sobre pudiera devolver también el problema a otra persona.

No podía.

El apartamento estaba en silencio, salvo por el zumbido bajo del frigorífico y el ruido lejano del tráfico, que ya empujaba a la ciudad hacia el amanecer. En algún lugar ahí fuera, la gente había empezado a moverse. Motores arrancando. Puertas cerrándose. Ascensores deteniéndose en cada planta.

Otro ejército de cuerpos cansados saliendo de casa para ganar lo suficiente como para poder regresar a ella.

Mike rodeó la taza con ambas manos.

El té estaba hirviendo, pero lo bebió de todos modos.

Había dejado de echarle azúcar meses atrás.

No por su salud.

Por el dinero.

Era una forma ridícula de ahorrar —casi nada, el tipo de cosa que nadie con una vida normal llegaría siquiera a notar—. Pero ahora Mike lo notaba todo. El azúcar. El billete de autobús. La calefacción. Una

segunda botella de leche. Un paquete de galletas que les gustaba a los niños.

Las pequeñas cosas se habían convertido en decisiones.

Y las decisiones se habían convertido en culpa.

En la silla junto a él estaba el uniforme de su primer trabajo: pantalones oscuros, camisa blanca, zapatos negros lustrados lo justo, porque ya no tenía paciencia para hacer que nada pareciera mejor de lo que era. Al otro lado de la habitación, colgada del tirador de la puerta del dormitorio, estaba la chaqueta de su segundo trabajo.

Repartos.

Noches.

Fines de semana.

Lloviera o hiciera calor, daba igual. La gente seguía pidiendo comida. Seguía queriendo que le llevaran las cosas deprisa. Seguía quejándose si el café estaba frío.

Tenía dos trabajos y aun así contaba las monedas.

A veces las contaba en silencio para que Jane no lo oyera.

A veces fingía que simplemente estaba rebuscando en los bolsillos.

A veces dejaba la última moneda sobre la encimera de la cocina, esperando que alguno de los niños pensara que siempre había estado allí.

Esa era la parte que no tenía sentido.

No era perezoso. No era irresponsable. No estaba esperando que alguien viniera a salvarlo. Se levantaba antes del amanecer, volvía a casa después de anochecer, respondía a todos los mensajes, pagaba lo que podía, aplazaba lo que no podía pagar y se disculpaba ante gente más rica, más lenta y menos cansada que él.

Y, sin embargo, todos los meses terminaban de la misma manera.

Un número en una pantalla.

Un saldo demasiado pequeño.

Una vida demasiado cara.

Mike miró el teléfono.

6:12 a. m.

Le quedaban dieciocho minutos antes de tener que salir.

Dieciocho minutos de silencio antes de que la ciudad volviera a llevárselo.

Abrió la aplicación del banco, aunque ya sabía lo que iba a decir. La pantalla cargó despacio, como si hasta la máquina se avergonzara de mostrarle la verdad.

Saldo disponible: 43,18

Se quedó mirándolo.

Cuarenta y tres libras y dieciocho peniques.

Eso era lo que quedaba después de veintidós días de trabajo.

No lo bastante para sentirse seguro.

Demasiado para decir que no tenía nada.

Esa era la forma más cruel de pobreza: la que todavía te obligaba a calcular.

Cerró la aplicación.

Por un momento imaginó lanzar el teléfono contra la pared y hacerlo añicos. No porque el teléfono fuera el problema, sino porque era lo único lo bastante pequeño como para romperlo.

No podías romper el alquiler.

No podías romper los impuestos.

No podías romper el seguro, la deuda, los intereses, el combustible, la comida, la electricidad, los

formularios, las multas, las firmas, las normas, las colas, los códigos, las verificaciones ni las mil manos invisibles que se metían en el bolsillo de un hombre antes de que él hubiera tenido siquiera la oportunidad de tocar su propio dinero.

Lo único que podías hacer era sentarte a una mesa y beber té barato.

El hervidor chasqueó a su espalda, aunque el agua ya había hervido.

El sonido lo hizo estremecerse.

Odiaba eso de sí mismo.

Últimamente, cada pequeño ruido entraba en su cuerpo como una mala noticia.

Se levantó, tomó la factura de la electricidad y volvió a leerla. No porque esperara que cambiara, sino porque las personas tienen la extraña costumbre de releer las desgracias, como si en algún lugar entre los números pudiera esconderse la misericordia.

No la había.

Importe pendiente: 1.184,76

Se le escapó una breve carcajada.

No una carcajada de verdad.

De esas que salen cuando la rabia no tiene otro lugar adonde ir.

Su sueldo en el hotel era de 1.220 antes de las deducciones. Después de impuestos, seguro, transporte, comida y todo lo demás que el mundo le exigía a cambio del privilegio de seguir respirando dentro de él, no quedaba casi nada.

Solo aquella factura equivalía a un mes de mañanas.

Un mes de pie.

Un mes de sí, señor; no, señor; lo siento, señor.

Un mes sonriendo a desconocidos que miraban a través de él como si no existiera.

Volvió a dejar el papel sobre la mesa con un cuidado poco habitual, como si fuera frágil.

Después miró alrededor del apartamento.

No había nada terrible en él. Esa era la peor parte. No era una celda. Tenía una ventana, un sofá, una cama, una cocina, un baño, una estantería con libros que no abría desde hacía años. Tenía todo lo que se suponía que debía tener una vida normal y, aun así, parecía una habitación diseñada únicamente para recuperarse entre un castigo y el siguiente.

Duerme aquí.

Despierta aquí.

Paga esto aquí.

Sal de aquí.

Trabaja.

Regresa.

Repite.

Mike tomó la camisa y se la puso.

La tela estaba fría.

En el espejo del baño apenas reconoció al hombre que le devolvía la mirada.

Cuarenta y tres años.

No lo bastante mayor para rendirse.

No lo bastante joven para creer que el esfuerzo, por sí solo, iba a cambiar algo.

Necesitaba recortarse la barba. Sus ojos necesitaban descanso. Su rostro tenía la expresión de alguien que llevaba demasiado tiempo explicándose: ante los bancos, los caseros, los encargados, su mujer, sus hijos y, finalmente, ante sí mismo.

Se cepilló los dientes, se echó agua en la cara y permaneció inmóvil un momento, con ambas manos apoyadas en el lavabo.